

monos derechos á casa del Licenciado : yo mismo te quiero presentar , y constituirme por tu fiador. Habiendo dicho esto , por no malograr la ocasion , nos despedimos con priesa del Señor Arias , quien me ofreció por mi dinero , que si no lograba aquella conveniencia me encontraria otra tan buena , y aun quizá mejor.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

AVEN-

**AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA
LIBRO SEGUNDO.**

CAPITULO PRIMERO.

Entra Gil Blas por criado del Licenciado Sedillo ; estado en que este se hallaba , y retrato de su ama.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del Licenciado. Estaba cerrada la puerta , llamamos , y baxó á abrir una niña como de diez años , á quien el ama llamaba sobrina , aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Preguntamos si se podria hablar al Señor Canónigo , quando se dexó ver la Señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion , pero todavía de buen parecer , y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de túnica de tela burda , que ceñia con una ancha correa de cuero , de la qual pendia por un lado un manojó de llaves , y por otro un gran rosario de cuentas gordas. La saludamos con mucho respeto ; y nos correspondió con igual cortesanía , pero con un ayre devoto , y los ojos baxos.

He

He sabido (la dixo mi camarada) que el Señor Licenciado Sedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entónces la vista el ama, miróme fixamente, y no acertando á componer mi vestido bordado, con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí Señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque tal como Vmd. le vé le han sucedido desgracias en su casa que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa Señora Jacinta, la qual es digna de ser ama y gobernadora de un Patriarca. Al oír esto la buena de la beata apartó los ojos de mí por volverlos al que la hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro, que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dixo, de haber visto ya esa cara, y estimaria que Vmd. ayudase á mi memoria. Casta Señora Jacinta, la respondió Fabricio, es, y ha sido grande honor mio haber merecido la atención de Vmd. Dos veces he entrado en esta casa acompañando á mi amo el Señor Manuel Ordonez, Administrador del Hospital. Justamente, replicó entónces el ama; acuérdome muy bien, ya caygo en cuenta. Basta decir que está en casa del Señor Manuel Ordoñez para saber que será Vmd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio,

gio, y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga Vmd. conmigo hablará al Señor Sedillo, que sin duda tendrá gran gusto en recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del Canónigo, el qual vivia en un quarto baxo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Díxonos que esperásemos un momento en la primera mientras iba avisar al Señor Canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dixo que podiamos entrar. Vimos al viejo gotoso repantigado en una silla poltrona, con un gran gorro en la cabeza, una almohada tras de la misma, sobre la qual se apoyaba, y las piernas sobre otro almohadon. Acercámonos á él, sin escasear las reverencias, y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la Señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegirico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado baxo el Magisterio del Doctor Godinez en las disputas de Filosofía, como si fuera necesario ser gran Filósofo para servir á un Canónigo. Sin embargo no dexó de halucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la Señora Jacinta:

ami-

amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo, basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres supuesto me le propone un criado del Señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido hizo una gran reverencia al Canónigo, otra mas profunda á la Señora Jacinta, y se despidió diciéndome al oído que me quedase allí, y que ya nos veríamos. Apenas habia salido de la sala quando el Licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la Señora Jacinta. Divertílos á entrambos sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila, y Don Rafael los hicieron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le excitó una tan violenta tos, que temí fuese llegada su hora. Aun no habia hecho testamento. Considérese cuánto se turbaria la buena ama. Vía toda trémula y azogada, correr de aquí para allí por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños quando tosen con violencia, frotarle la frente, y darle golpecitos en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el Licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la Señora Jacinta por temor que repi-

tiese la tos. Llevóme al guarda-ropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hízomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podría servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizaje baxo la disciplina de la Señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina: bien que no comparable con la Señora Jacinta, la qual merecia ser cocinera de un Arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Daba al gigote singular gusto, y lo mismo á la chanfayna, y en general á toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Quando estuvo dispuesta la comida volvimos al quarto del Canónigo, donde mientras yo ponía los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le acomodaba una servilleta, prendiéndosela con alfileres en las espaldas. Se le sirvió una sopa, que se podia presentar al mas famoso Director de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un Virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especies, por no irritar la gota del Canónigo. A vista de tan apetitosos bocados, mi buen viejo, que yo creia paralítico de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el

uso de sus brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle. Aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Quando ví que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz orleada de algunas codornices asadas, que la Señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De quando en quando le hacia beber algunos tragos de vino mezclado con agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca, y teniéndola con las manos, como si fuera un niño de quince meses. Devoró las pechugas, no perdonando las piernas, ni las alas. Siguiéronse los postres; y quando acabó de comer, el ama le desprendió la servilleta, volvióle á poner la almohada y los almohadones, y dexándole tranquilamente dormir la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida ordinaria de nuestro Canónigo, acaso el mayor tragon de todo el Cabildo. Pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo, y con algun gubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida estaba yo bien, y lo pasaba alegremente. Solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Erame preciso

estar dispierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle camisa con frecuencia. Gil Blas, me dixo á la segunda noche, tú tienes maña y actividad, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo, que dés tambien gusto á la Señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo cómo si yo lo mandase, y vivas con ella en la mayor armonía. Quince años ha que me sirve con un zelo, y un amor particular. Tiene tanto cuidado de mí, que no sé cómo pagárselo: y confiésote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana. No podia ver á esta pobre muger, y lejos de agradecerla lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud, y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen, y el bien que me hacen. Vmd., Señor, tiene muchísima razon, le respondí yo; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el

el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de tí, como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo: si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podía sufrir, yo solo le hubiera hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas mínimo respeto á la Señora Jacinta, y era muy olgazan. Desagradábale mucho acompañarme de noche, y se le hacia insufrible el estar despierto para asistirme en lo que podía ocurrir. ¡Qué bribon! exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio. No merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de zelo infatigable. Ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun quando sudé sangre por serviros.

Conocí que le habian gustado mucho al Canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las insinuaciones de la Señora Jacinta. Queriendo pues pasar por un criado que no temia á trabajo, ni á fatiga, procuré servir en todo con el mayor zelo, y con el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del

le-

legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa. A la verdad descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la qual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad por todo género de complacencias y respeto. Quando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, tenia yo el mayor cuidado de mudarlas platos, servir las de beber, y en fin hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios vine á ganar su amistad. Un dia que la Señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué provisiones, hallándome solo con Inesilla, comencé á darla conversacion; y la pregunté si vivian todavía su Padre y su Madre. ¡Oh! no; me respondió la niña: mucho tiempo ha que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Créala piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de hablar, que poco á poco me dixo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir descubrí yo mediante su sencillez, que la Señora tia trataba estrechamente con un su amigo que estaba en casa de otro Canónigo viejo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de

antemano. Ya dexo dicho que la Señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenía de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Todas las mañanas se hacia echar una lavativa, y así entre día, como al acostarse tomaba confortativos. Por otra parte dormía tranquilamente, mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuía á mantenerla aquel color vivo y fresco era (segun me dixo Inesilla) una fuente que tenia en cada pierna.

CAPITULO II.

De qué modo fué tratado el Canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que sucedió, y lo que dexó á Gil Blas en su testamento.

Serví tres meses al Señor Licenciado Sedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó muy malo al cabo de este tiempo; excitósele calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió ya á los Médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al Doctor Sangredo, que estaba reputado en Valladolid por otro Hipócrates. La Señora Jacinta hubiera gustado mas de que el Canónigo ante todas cosas comenzase por el testa-

tamento, y aun le dixo algo en el asunto; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí, pues, á buscar al Doctor Sangredo, y condúxele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de quarenta años á lo menos tenia en continuo exercicio la tixera de las Parcas. Su exterior era grave, serio, con un si es no es de desdénoso; su voz gutural, sonora, y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las expresiones. Sus discursos parecian medidos geoméricamente, y sus opiniones muy singulares.

Despues de haber observado al enfermo comenzó á hablar así en tono magistral. Trátase aquí de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa, y detenida. Otros Médicos ordenarian sin duda aquí remedios salinos, urinosos, y volátiles; que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones Químicas me parecen ideadas para arruinar la naturaleza: yo hecho mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Qué es lo que Vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Pastas dulces, y viandas succulentas, respondió el Canónigo. ¡Pastas dulces y viandas succulentas! exclamó suspenso y ad-

mirado el Doctor. Ya no me maravillo de que Vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para hacerlos perecer con mayor seguridad. Es preciso que Vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos que se conformen á su naturaleza. ¿Y bebe Vmd. vino? le volvió á preguntar. Sí Señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¿Qué dice Vmd. aguado! exclamó el Doctor. ¿Qué desórden! ¿Qué desarreglo asombroso! Debía Vmd. haber muerto cien años ha. ¿Y cuántos años tiene Vmd.? Voy á entrar en los sesenta y nueve, repuso el Licenciado. Justamente continuó el Médico la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si Vmd. hubiera bebido solo agua clara toda la vida, y si hubiera usado de alimentos simples, como manzanas asadas, habas ó guisantes, no se vería ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros exercitarían aun libremente sus respectivas funciones. Con todo eso no desconfío restablecerle como se entregue ciegamente á quanto yo ordenare. El Canónigo aunque gustaba de buenos bocados ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces me ordenó que fuese prontamente á llamar á un Cirujano, que él mismo nombró,

bró, y le hizo sacar á mi amo doce buenas onzas de sangre para suplir la falta de transpiracion. Despues dixo al Cirujano: Maestro Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras doce, y mañana repetireis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida. Por mucha que se le saque á un enfermo nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni exercicio, sino el preciso para no morir, no necesita mas sangre para vivir, que la que ha menester un hombre dormido. En uno y en otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran Médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dexarse sangrar. Despues que el Doctor ordenó freqüentes y copiosas sangrias añadió era menester tambien dar á beber al enfermo agua caliente á cada momento, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto levantó la visita, y se fué diciéndonos á la Señora Jacinta y á mí, que él salía por fiador de la salud del Señor Canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaría con la mas escrupulosa exâctitud. Con efecto inmediatamente pusimos á calentar el agua; y como el Doc-

tor nos habia recomendado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber dos ó tres quartillos: una hora después repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volviamos á la carga, de manera, que en el espacio de pocas horas le metimos un diluvio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el Cirujano con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre Canónigo en el último trance de la vida.

Ya no podia mas el buen Eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: detente, amigo Gil Blas, me dixo con voz lánguida: ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la gran virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el Médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida quando llegó el término fatal. Anda, pues, y tráeme aquí un Escribano, que quiero hacer testamento. Quando oí estas palabras, que ciertamente no me disgustaron, me mostré muy triste, como hace en tales casos todo heredero; y disimulando la gana que tenia de cumplir quanto antes con la comision que me acababa de dar: oh! Señor, le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavía no pueda es-

perar levantarse. No, no, hijo mio; esto ya senacabó. Estoy viendo que se remonta la gota, y que la muerte se va acercando: ve, pues, y haz quanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno á ojos vistos; por lo que persuadido á que la cosa apuraba, partí volando á executar lo que se me habia ordenado, dexando con el enfermo á la Señora Jacinta, la qual temia aun mas que yo, que nuestro Canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer Escribano que encontré: Señor, le dixe, mi amo el Licenciado Sedillo está ya para morir, quiere declarar su última voluntad, y no hay que perder tiempo. Era el Escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonear. ¿Qué Médico le asiste? me preguntó. El Doctor Sangredo, le respondí. ¡Vive Dios! repuso él tomando su capa, vamos, vamos apriesa, porque ese Doctor es tan expeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los Escribanos. Es un hombre que me ha quitado la ganancia de muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en la agonía; y yo dixe en el camino al Escribano, ya sabe Vmd. que á un pobre testador quando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á Vmd. que

que si es menester le haga alguna de mi lealtad y de mi zelo. Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te dexé alguna manda de consideracion. Quando llegamos á casa hallamos todavía al enfermo despejado, y cabal en todos sus sentidos. Estaba junto á él la Señora Jacinta con la cara bañada en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al Canónigo á que la dexase lo mejor que tenia. Quedó el Escribano solo con el amo, y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al Cirujano, que venia á hacerle la última sangria. Deténgase, Maestro Martin, le dixo el ama, ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangrareis como gustareis quando haya acabado.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al Escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita sobre el hombro, y sonriéndose, me dixo: *no nos hemos olvidado de Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte,

te, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado el Cirujano, el pobre viejo, que ya estaba casi exângüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exâlar el último suspiro, quando entró el Médico, que quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar quanto antes á sus enfermos. Con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua y á tantas sangrias, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco y no le habian dado bastante de beber. El executor del soberano medicamento, quiero decir, el Cirujano, viendo que ya no se tenia necesidad de su ministerio, se partió tambien siguiendo al Doctor Sangredo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la Señora Jacinta, Inesilla, y yo comenzamos una música de fúnebres alaridos, que fué oída de toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraída mas de la curiosidad que de la compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy luego, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron á que el Canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento revestido de las formalidades necesarias;

rias; y quando vieron que el testador dexaba las mejores alhajas á la Señora Jacinta y á su nieta, hicieron una oración fúnebre del Canónigo poco decorosa á su memoria, apostrofando al mismo tiempo á la beata, y dándome á mí algunas alabanzas, que verdaderamente no merecia. El Licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo.

Item, por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun tinte de literatura, para que acabbe de perfeccionarse, y se haga hombre sabio, le dexo mi libreria con todos los libros y manuscritos, sin excepcion.

No sabia yo donde podia estar la tal soñada libreria, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el quarto del Canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles: y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *Cocinero perfecto*; otro trataba de la *indigestion*, y del modo de curarla. Los demas eran las quatro partes del breviario, algo roídas de ratones, mugrientas, y llenas de sudor. En quanto á los manuscritos los mas curiosos eran todos los autos de un pleyto que habia litigado el Canónigo para entrar en la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, le abandoné á los parientes del difunto,

to, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia acuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuime á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la Señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el Canónigo la habia dexado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al Doctor Sangredo, y se hace famoso Médico.

Resolví ir á buscar al Señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero quando estaba ya muy cerca del rincon donde vivia me encontré con el Doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dixo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como Vmd. no pida mas, delo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegre-